

de su amo, es capaz de arrojarse al vacío en un pozo, desencadena una reacción de insurrección por parte de los esclavos de la plantación. Este relato, desproporcionado por sus alcances (pues genera un levantamiento contra la autoridad colonial) señala, como sostiene el propio Lienhard, «el momento preciso en que una comunidad negra aparentemente pacífica se transforma, de repente, en una masa amenazante y dispuesta a todo para restablecer la “justicia”» (pág. 134). Una justicia que no se fundamenta en la abolición del sistema esclavista, pero que evidencia las posibilidades de neutralización que los esclavos podían tener sobre sus amos.

Por último y puesto que se trata del único documento autobiográfico que aparece en el volumen, el relato de Juan Francisco Manzano representa un caso excepcional dentro de las letras latinoamericanas. Escrito hacia 1835 y analizado por Martín Lienhard, esta autobiografía deja patente el alcance del sistema esclavista aun dentro de aquellos que de una u otra forma, se habían visto privilegiados frente al resto de esclavos «comunes». El relato personal de Juan Francisco Manzano se convierte entonces en documento testimonial de «*todo el horror de un sistema basado en la apropiación del hombre por el hombre*» (pág. 125).

En última instancia, el trabajo de Lienhard ingresa en la crítica cultural poscolonial que, reconociendo los límites que el archivo impone a toda investigación sobre relatos fundamentalmente orales, retoma sus vacíos para encontrar las marcas de una realidad enajenada de la Historia. Por todo ello, este es un trabajo que centra su investigación en la reconstrucción y revisión de una parte de la historia latinoamericana que se resiste tanto al olvido, como a la palabra.

1. Manuel DELGADO, *Sociedades movedizas*, pág. 13.

## Todo por hacer. Pies que piensan las ciudades

Ximo González Marí

La antropología de las calles está por hacer. Manuel Delgado, profesor de antropología social en la Universitat de Barcelona y miembro del grupo de investigación *Etnografía de los Espacios Públicos* del Institut Català d'Antropologia, señala la imperiosa necesidad de diferenciar entre aquello que llama cultura *urbánica*, es decir, la morfología física de las ciudades, y cultura *urbana* propiamente dicha, ese



Manuel Delgado  
*Sociedades movedizas, Pasos hacia una antropología de las calles*  
Barcelona, Anagrama, 2007,  
280 págs

conjunto de prácticas entrecruzadas y fluctuantes que a cada paso reconstruyen el espacio urbano. Con esto, el autor reivindica otros modos de enfrentarse al estudio de las ciudades, que no pase por el simple análisis de su estructura tangible, ni por el mero acercarse a los actantes que la habitan. La ciudad «no es un *lugar*, sino un *tener lugar* de los cuerpos que lo ocupan»; no es un contexto, sino una maraña de redes relacionales que configura el devenir urbano, desintegrándose y haciéndose constantemente, construyéndonos y desintegrándonos como parte de esa realidad en eterna reformulación. En opinión de Manuel Delgado, la antropología social debería volver su mirada hacia este nuevo objeto de estudio, obviando en lo posible la visión tradicional de la ciudad como una comunidad estructuralmente acabada. La ciudad fluye a la deriva, sin límites ni anclajes, merced a múltiples mareas de «usos, componendas, impostaciones, rectificacio-

nes y adecuaciones mutuas que van emergiendo a cada momento, un agrupamiento polimorfo e inquieto de cuerpos humanos que sólo puede ser observado en el instante preciso en que se coagula, puesto que está destinado a disolverse de inmediato»; la ciudad es «una mera actividad, una acción interminable cuyos protagonistas son esos usuarios que reinterpretan la forma urbana a partir de las formas en que acceden a ella y la caminan» (pág. 12).

Queda, pues, recortado el verdadero objeto de estudio: los flujos y reflujos que hacen de la ciudad una eterna promesa de sí misma, en perpetuo camino hacia una imposible cristalización, «una ciudad que no puede detenerse ni cuajar» (pág. 13), una ciudad que no *es*, sino que *acontece*. Esta indocilidad es la misma que han tratado de controlar los urbanistas en su intento de dotar de coherencia y sentido a las ciudades, requiriendo la lealtad y sumisión de los ciudadanos urbanizados; apostando «a favor de esa *polis* a la que suele servir y en contra de esa *urbs* a la que teme» (pág. 14). El urbanista debe, de este modo, cumplir la misión que de él se espera: asegurar la fluidez de las vías por donde circulan los ciudadanos y hacerlas servir de soporte para monumentos, actos, nombres propios de las calles, es decir, las proclamaciones de la memoria oficial, lo que acaba por convertir a los individuos en «usuarios figurantes de las puestas en escena autolaudatorias del orden político, al tiempo que los convierten en consumidores de ese mismo espacio que usan. Para tales fines, se hace todo lo posible y con todos los medios disponibles –incluyendo el policial, por supuesto– (...). Esa crítica a los intentos por serenar como sea el espacio urbano tiene hoy más razón de ser, en cuanto se los ve acompañando estratégicamente las grandes dinámicas de reapropiación capitalista de la ciudad» (pág. 18), como la «exclusión de los indeseables por pobres o por ingobernables» (pág. 18).

Manuel Delgado no cuestiona la necesidad de planificar en cierto modo las ciudades. «Las ciudades pueden y deben ser planificadas. Lo urbano, no» (pág. 18). Lo urbano es otra cosa, «lo que no puede ser planificado en una ciudad, ni se deja. Es la máquina social por excelencia, un colosal artefacto de hacer y deshacer nudos humanos que no puede detener su interminable labor» (pág. 18), expuesta más a una dinámica de lo azaroso que al sueño urbanista de una ciudad digitalizada. La utopía de la ciudad perfecta despertará con la evanescencia de una ciudad subvertida por unos practicantes que «constantemente se desentienden de las directrices diseñadas, de los principios arquitecturales que han orientado la morfología urbana y se abandonan a apropiaciones efímeras y transversales, todo un océano poliédrico e interminable de acontecimientos» (pág. 15). Una ciudad paradójica, diluida por lo mismo que la configura: un eterno devenir.

El antropólogo señala en el ensayo cómo, por contra, la administración pública impulsa un proceso inverso; no sólo se centra en la domesticación de lo urbano –entendido como la vida que se despliega en las calles–, sino que se desentiende completamente de los recursos urbanísticos de la ciudad. Ésta «es vendida para que el más feroz de los liberalismos la deprede y haga de ella un negocio (...), para entregarla al desorden especulador y a su conversión en producto de y para el consumo», hecho que «sólo es posible manteniendo rigurosamente vigilados los espacios por los que transcurre una vitalidad urbana contemplada siempre como obstáculo para el buen marketing urbano y como fuente de desasosiego para cualquier forma de poder político» (pág. 19).

El primer objetivo de Manuel Delgado es privilegiar la cultura de *lo exterior*, tan denostada en la sociedad moderna. Fuera todo es efímero; nada que ver con los a priori firmes lazos que se establecen en el interior del seno familiar. El *hogar*,

el *adentro*, se ha identificado como el recinto sagrado de la estabilidad, de lo previsible, de la seguridad frente a un *afuera* que acecha con todos sus peligros físicos y morales. Sin embargo, surgen perspectivas sociales desde las que se ha rebatido la posible malignidad del espacio exterior, asumiendo la voz del «elogio de la experiencia exterior, esto es, de la vida fuera de la vivienda, a la intemperie de un espacio urbano convertido en una dinamo de sensaciones y experiencias» (pág. 28). Refiriéndose a Georg Simmel, observa como el hecho de abrir la puerta y salir se concreta en algo que va más allá del puro movimiento: salir es cambiar, liberarse de las ataduras y constricciones de los roles a los que cada miembro de la familia debe amoldarse. Fuera, el individuo obtiene «ventaja de aquellas mismas cualidades que podrían haberse percibido inicialmente como fuentes de desazón: la incertidumbre, la ambivalencia, la extrañeza. En el exterior se extiende en todas direcciones el imperio infinito de las escapatorias y las deserciones, de los encuentros casuales y de las posibilidades de emancipación. Si el dentro es el espacio de la estructura, el afuera lo es del acontecimiento» (págs. 28-29).

En este punto, cabe señalar los diferentes estratos de interioridad. Nos volvemos más reservados cuanto más a la intemperie nos sentimos, tratando de ocultar nuestra vulnerabilidad ante la incertidumbre. El concepto de *intimidad* es el eje sobre el que pivota el grado de accesibilidad que permitimos a los que nos rodean. Primero aquellos afines, amigos íntimos y núcleo familiar. En un segundo plano los parientes, compañeros de trabajo, miembros de la misma comunidad religiosa, vecinos, conocidos... Más allá, afectados por el máximo grado de reserva y anonimato, están los desconocidos. Cada categoría representa diferentes niveles de amenaza ante la que tomar medidas, y «se corresponden con los tres reinos sociales tipificados por Lyn H. Lofland: el reino

privado, el comunitario y el público» (pág. 30). Frente a ese *dentro* que se materializa como espacio construido y acabado, se abre un *afuera* compuesto de calles y de plazas, donde, al aire libre, tiene lugar una actividad poco anclada, en la que la casualidad y la indeterminación juegan un papel importante. Sus protagonistas aparecen como desafiados, es decir, sin raíces. Son pura movilidad» (pág. 33), personajes dados a la dramaturgia en el escenario de la *visibilidad máxima*, donde el criterio de autenticidad queda exiliado. «Estar fuera es estar siempre *fuera de lugar* (...). Estar fuera es también estar *fuera de sí*, dado que es uno mismo lo primero que se abandona cuando se sale. El adentro tiene límites, por el contrario, el afuera es ese paisaje ilimitado en que no vive apenas nadie y por el que lo único que cabe hacer es deslizarse» (pág. 33), dejándose llevar por convenciones estandarizadas que lubrican los roces y optimizan su capacidad de adaptarse al medio, intercambiando máscaras, readaptándose, escondiendo su yo más íntimo tras un mutable juego de apariencias; personajes en busca de argumento, observando y dejándose observar, trazando en su deriva un *haz de trayectorias* que configura la vida en los exteriores urbanos y que «puede conocer, no obstante, desarrollos imprevistos, desencadenar encuentros inopinados en un espacio abierto y disponible para que actúe sobre él la labor incansable del azar» (pág. 35).

Es este el punto de partida que debe presidir el trabajo de un etnólogo, quien debe resignarse ante la irremediable y absoluta fluidez del espacio urbano. El objeto de estudio no es un espacio territorial con características inmanentes, sino una emergencia provisional. El teatro de lo urbano carece de libreto, y esta tendencia a la improvisación no debiera ser obstáculo para abordar con garantías el análisis antropológico de las calles y plazas. El etnógrafo debe tener en cuenta la provisionalidad de sus conclusiones, que podrán en todo momen-

to verse sometidas a nuevas reformulaciones. Lo urbano fluye y se extiende «en una dimensión en que sentir y moverse resultan sinónimos» (pág. 40), en un marco donde «cuenta, ante todo, lo perceptible a primera vista o de reojo, lo intuido o lo insinuado mucho más que lo sabido» (pág. 40). Se trata de la *no-ciudad*, concepto que Delgado disecciona y remodela, alejándose de la propuesta de Marc Augé según la cual, un *no-lugar* es un espacio vacío de sentido atravesado por corredores urbanos por los que fluyen los individuos sin detenerse. Delgado va más allá, y desliga al *no-lugar* de esta idea peyorativa: el *no-lugar* no es un espacio, sino un *suced*, un «proceso masivo de extrañamiento recíproco»; una pregunta por, una esperanza para, un «marco puramente acontecimental (pág. 50). Si bien es cierto que, como insinúa entre otros Augé, la *no-ciudad* no ha sido pensada para que allí algo estratégico suceda, lo cierto es que existe en ella un punto de indeterminación que propicia desarrollos inéditos, destinos azarosos e imprevisibles que un etnógrafo deberá tomar en consideración en sus estudios de «esa vida urbana entendida como práctica y organización de los trayectos-sucesos, del puro y mero *acaecer*, cuyo escenario es la calle, lejos y en buena medida de espaldas a la actividad institucional que tiene lugar en el interior de los contextos construidos que la flanquean» (pág. 50).

En este espacio de lo público, el individuo, escarmentado por la decepción debida a la desintegración de los lazos internos que configuraban el refugio aséptico del *hogar*, apercebido ante la insultante falta de verdad de la que adolece, puede aspirar a liberarse no sólo de esos frugales nexos, sino, sobre todo, de sí mismo, de un *yo* microfísicamente esclavizante, de una voz interior domesticada que no puede ser desoída. El exterior urbano, la *no-ciudad* –entendida no como negación de la ciudad, sino como su otro lado complementario, mera *posibilidad* o *potencia*– se pre-

senta en palabras de Delgado como ese *líquido amniótico* en el que un *yo* hipocondríaco y atrincherado en sí mismo siente la experiencia de disolverse en el afuera, un lugar fuera de todo anclaje, un lugar fuera de todo lugar, una ciudad *nomádica* que «existe, pero *no está*» (pág. 62); ciudad eventual que se crea mientras es recorrida, una ciudad pensada con los pies: «la no-ciudad –lo urbano– es la ciudad... sin la arquitectura» (pág. 82). Ciertos paisajes reflejan el extremo de esta idea: el descampado, por ejemplo, representa un espacio sin memoria, un vacío amnésico, potencia de todo, pura intemperie y absoluta disponibilidad.

Dadas las circunstancias que determinan el carácter voluble del espacio urbano, será necesario redefinir un método científico que, no por asumir su eventual validez y presumir futuros reajustes, resulte menos válido para afrontar una verdadera antropología de las calles. Deberá ésta estar interesada también en los sobrantes de información, desestimados por su ambigüedad en los trabajos de antropología y sociología clásicas. Aduce el autor que, salvo honrosas excepciones –deudores de Simmel y Tarde–, han desestimado esas *migajas de lo social* como materia de estudio, favoreciendo una verdadera *pérdida masiva de información* que «resulta especialmente abundante en marcos definidos por una intensificación al máximo de la complejidad. Entre ellos acaso destaquen los espacios urbanos, con su crónica tendencia a la saturación perceptual, con su aspecto estocástico y en perpetuo estado de alteración» (pág. 84). En este punto, se evidencia la necesidad de una etnografía de la *sociabilidad hiperactiva* que se desarrolla en las aceras, pero también en los andenes, los vestíbulos, los parques, los corredores, transportes públicos, playas, terminales aéreas, y otros espacios semipúblicos que responden a esquemas relacionales análogos.

No por ello, opina el antropólogo social, se deberá obviar la validez de la antigua matriz teórica del programa estructural-funcionalista; sólo que ésta debería poder ramificar su propia tradición hacia el estudio de las coaliciones peatonales, es decir la asociación que emprenden de manera pasajera individuos desconocidos entre sí que es probable que nunca más vuelvan a reencontrarse, constituyendo un sistema «por muy inestable que sea» (pág. 88). Tomando como base la propuesta de Radcliffe-Brown, Delgado identifica los tres requisitos que permiten reconocer una forma social: una *ecología* –no sólo el entorno físico, también otros factores mudables como la hora o las condiciones climatológicas–, una *estructura social*, aunque no cristalizada y en constante construcción, y una *cultura urbana*, esos moldes aprendidos asociados a los principios de cortesía y urbanidad. Es por ello que Delgado evidencia la total pertinencia y validez del método científico para este tipo de investigaciones, regidas por un minucioso método *naturalista* de investigación –en todo su sentido estético-literario–, descriptivo más que prescriptivo, que busca el *conocimiento* sin aspirar a solidificarse en un *saber*, sin aspirar a probar nada; un método en el que el investigador, a la par que discreto observador, se convierte en parte de lo que observa. Diluido en su objeto de estudio, y por extrema que sea su discreción, el etnólogo asume ese mínimo principio de incertidumbre que, por el mero hecho de observar, puede alterar lo observado.

De este modo Delgado se lanza al análisis de dos ejemplos a partir de los cuales la ciudad deviene en espacio ritual, merced a ciertos actos simbólicos pautados que *peatonalizan* las vías. Las calles y plazas ven así «modificado de manera radical su papel cotidiano y se convierten en grandes recintos abiertos consagrados a prácticas sociales colectivas de carácter extraordinario» (pág. 159). La *fiesta* y el *motín* escenifican las formas

más emblemáticas de esa desobediencia a la escisión acera-calzada y apropiación del espacio urbano, en pro de esa *demonstración de fuerzas* que es toda alteración del orden habitual, ya sea en elogio de lo que se es o como pronunciamiento en contra. Las manifestaciones civiles son *liturgias militantes* que cada vez difieren menos de la fiesta, hecho que inspira más temor en las autoridades por ver confundidos así los límites entre los modos de celebrar y de criticar. Si el poder político siempre ha temido este tipo de *tendencias antiurbanas*, más ahora que las perciben como parafiestas informes<sup>2</sup>.

El interés del análisis que propone Delgado es más evidente en tanto que nos permite arrojar luz sobre ciertas prácticas políticas contemporáneas que se extienden alrededor del mundo y que no sólo replantean el sentido de las movilizaciones urbanas, sino que hacen emerger nuevas formas de relación del actante social con su entorno urbano. Podríamos citar, entre otros muchos, el movimiento *Reclaim the streets*<sup>3</sup>, que corta repentinamente las principales arterias de las ciudades con camiones sonorizados haciendo surgir una fiesta y coagulando las principales arterias del devenir urbano; o el movimiento piquetero argentino, dedicado a establecer campamentos de resistencia que cierran las principales autopistas. El movimiento social *Mujeres Creando*, en Bolivia, dibujando penes en el Obelisco y señalando el machismo que rige toda construcción nacional. En todos los casos, el protagonista de esta subversión es «el peatón, el transeúnte, que de pronto decide usar radicalmente la calle, actuarla, decirla diciéndose y que, haciéndolo, se apropia de ella. Aunque acaso fuera mejor decir que, sencillamente, la recupera»<sup>4</sup>. Y en este sentido observamos, junto a Manuel Delgado, que para una verdadera antropología de las calles, está todo por hacer.

2. Sirva como ejemplo de esta tendencia de las autoridades al control de lo urbano señalada por Manuel Delgado, la noticia que informa de los altercados acaecidos en Benimaclet (Valencia), en febrero de 2003. Las fuerzas de orden público se sintieron en la obligación de intervenir ante una celebración organizada por los propios ciudadanos, sin mediación de ningún ente oficial. El hecho da idea de que, para el poder, existe cierta indistinción entre lo festivo y lo subversivo. Vid. <http://www.wel-periodicomediterraneo.com/noticias/noticia.asp?pkid=38979>.

3. Vid. Naomi KLEIN, *No logo. El poder de las marcas*. Barcelona, Paidós, 2001, págs. 363-375.

4. Manuel DELGADO, *Sociedades movilizadas*, pág. 181.